

# EL TÍO BALBINO

***Seudónimo: NAVAMORCUENDE***

El tío Balbino era un hombre bueno, recio y trabajador, como lo suelen ser los mejores hijos de San Rafael.

Pero el tío Balbino tenía algo diferente: tenía encanto, ironía, no sé, algo que hacía que los cuatro mocosos del pueblo nos arremolináramos a la puerta del estanco de la Juanita nada más le veíamos entrar. Cuando salía, se las daba de muy digno y distante, pero al poco se las apañaba para sacar del bolsillo de la chaqueta un caramelo para cada uno de nosotros. ¡Caramelos de la Viuda de Solano! De café con leche las más de las veces y, cada tanto, uno de *toffee*, ahí es nada: el premio mayor.

Acostumbrados a este juego, nos retirábamos orilla de la fuente del parque a dar buena cuenta del botín. Siempre, alguno de nosotros, cuando no todos a una, se hacía el gracioso y remedaba la cojera del tío Balbino mientras le veíamos caminar tranqueando hacia su casa de la calle del Arenal. Él, como desgranando una letanía de ademanes bien aprendidos, volvía la vista y, con una mirada que pretendía ser irritada, blandía su garrota advirtiéndonos muy seriamente de que se había acabado eso de ir a esperarle a donde la Juanita.

Casó el tío Balbino con la Visi, que era prima en no sé qué grado de mi padre, unos años después de la guerra cuando, siendo aún muy joven, ya llevaba un tiempo de peón caminero y se manejaba bien en el oficio a ambos lados de la sierra. La Visi fue una gran mujer. Siempre en un segundo plano, pasando por la vida como de puntillas, era la perfecta compañera de Balbino. Fueron una pareja que nunca hizo ruido. Tan poco, que Dios no los bendijo con hijos a los que entregar su cariño, que me figuro lo tendrían contenido por ahí dentro, en esos rincones del alma a los que nadie tiene acceso y que, no siendo como ellos eran, se enmohecen sin remedio con el paso del tiempo.

Una tarde de Navidad, el tío Balbino vino a merendar a casa. No llegaría yo a los 12 años; él era otro niño de más de 50.

- ¿Ha traído caramelos, tío?
- ¡Vaya por Dios, Luisito! Se me han olvidado en el sobrao... Pero mira, te propongo un juego. Si me ganas, me vuelvo al pueblo ahora mismo y te traigo caramelos y mazapanes. Pero si no, el que me invitas eres tú.
- ¿A qué vamos a jugar?
- Salimos corriendo desde aquí y el primero que ponga un pie en la pared del final del pasillo gana. ¿Listo? ¡Ya!

Tiempo me faltó para recorrer los escasos ocho metros que nos separaban de la pared y plantar el pie en ella. Sin alterar la postura, vi al tío Balbino renquear en el recorrido exagerando su cojera y, al llegar al final, apoyando la garrota en el quicio de una puerta, se agachó, se quitó un zapato y el calcetín y, sin ninguna prisa, se apoyó en mi hombro, levantó la pierna mala y estampó su pie descalzo justo al lado de donde yo había intentado hacer lo propio unos segundos antes manchando el papel pintado con la suela de mi zapatilla.

Nada más acabar la guerra, Balbino consiguió plaza en Obras Públicas como peón caminero. Como buen mozo que fue, tuvo mucho que ver en la construcción de las carreteras y caminos de la falda de la sierra, sobre todo en la provincia de Madrid: Guadarrama, Cercedilla, El Escorial, Alameda y no sé cuántos otros pueblos de la zona. El tío los repetía de corrido, como la lista de los reyes godos, terminando siempre con un "y San Rafael", a donde logró que le destinaran con el tiempo.

Allí hizo vida y, por fin, pudo casarse con la Visi. Ocuparon un tiempo la casilla de Gudillos, la que vigilaba la subida al puerto. Después, la de por cima del Caloco y, al cabo, la de Villacastín, sobre el río Piezga. Lo que no vinieron fueron hijos.

- ¿Y qué hacía allí, tío Balbino?
- Vigilar los caminos en invierno y rozar las cunetas en verano, hijo.

- ¿Tenían tele en las casillas esas?
- Teníamos frío. Tu prima más que yo, cuando la dejaba sola allá, a veces dos o tres días enteros para irme con la cuadrilla a la faena. Eso sí, nunca le faltó buena leña para la lumbre y los fogones. Yo era la pesadilla de los pinares, Luisito. ¡Hasta el pino más robusto y erguido temblaba cuando me veía aparecer con el hacha!

Y sacudía la garrota en derredor suyo a la altura de mi cabeza, obligándome a agachar a cada fingido mandoble.

A finales de los cincuenta, Balbino fue nombrado capataz y, al poco, destinado de nuevo a Guadarrama como servicio de apoyo para la construcción del túnel. El ministerio le concedió una motocicleta y, dos años después, tras el accidente del que nunca quiere hablar, una declaración de incapacidad y una jubilación anticipada. Entonces, el tío Balbino y su pierna mancada dejaron para siempre la sierra y sus casillas y dieron con sus huesos en el pueblo de su mujer. Llegaron las idas al estanco de la Juanita, las partidas de tute en el bar de Faustino y las fingidas bravatas con la chiquillería al tiempo de recogerse.

Los mejores recuerdos del tío Balbino los tengo de aquellos impagables ratos en que me dejaba caer por el pajar donde se refugiaba todas las tardes y que, a base de robar tiempo al tiempo, había logrado convertir en garaje, trastero, taller y santuario particular.

Un sin número de cántaras, uncios, sogas, garios, sillas sin data.... aguardaban su turno junto a bicicletas y carretillas cojas como su dueño esperando ver mejorado su aspecto con una lija o una capa de pintura. Los botes de minio y de otros mejunjes, en frascos que nunca habían conocido etiqueta alguna, intentaban abrirse hueco entre tal variedad de herramientas que nadie hubiera podido nombrarlas cabalmente sin tener que volver a empezar más de una vez.

Mientras Balbino me mostraba sus últimas obras de arte (un celemín recién barnizado y con remaches nuevos; un trillo de Cantalejo vuelto a la vida con nuevas lascas talladas por él mismo; unas láminas con escenas antiguas de

gabarreros enmarcadas tras un cristal para adornar el comedor del primer cristiano que se lo fuera a pedir...), me hablaba, entre cigarro y cigarro, de su vida en las casillas y en las cunetas de los caminos. Más de veinte años de oficio truncado, devanados sin prisa entre el aroma del tabaco, el de docenas de brochas empapadas en aguarrás y el de las cuatro matas de tomillo traídas del monte el día de San Antonio, amarradas en un solo hato a un gancho de matanza que pendía del techo.

En primavera –me decía- íbamos con sportillas y pisonos malremendando los caminos de macadán y zahorra que, sin remedio, volvían a criar roderas con las lluvias del otoño. Y vuelta a empezar, Luisito.

Lo peor de todo eran las ropas que nos hacían llevar: el chaleco que siempre quedaba holgado, la chaqueta de paño que podía pasar por un nido de chinches y el impermeable que, a fuerza de enganchones con la broza de los caminos, atraía la lluvia más que te guarecía de ella.

Pero lo mejor era el desplazarse en bicicleta con la cartera de piel como si la tuya fuera, bien arrimada a un costado para lucir la chapa de caminero. ¡Una autoridad, Luisito! Hazte cuenta de lo que era aquello: todos nos dejaban el paso franco al entrar en los pueblos. Y los días que venía el ingeniero a pasar revista, ahí sí que presumíamos de trabajo bien hecho y de uniforme. Una tarde entera se pasaba la Visi, la pobre, expurgando los pantalones de puntas de espigas, zurciendo el chaleco y lustrando los botines. ¡Buena labor, sigan así!, nos decía el inspector.

- Tío, fuma usted más que un carretero.
- ¡Qué jodío Luisito!: que un caminero, querrás decir.

Hasta que al tío se le quitaron las ganas de repintar aperos. Un verano, lo poco que salió de casa fue para sentarse a la piedra, sosteniendo con ambas manos la garrota que apenas dejaba mover atrapada entre sus rodillas.

- Luisito: para los santos, me voy con la Visi a la residencia de El Espinar. Ella ya no puede cuidarme a mí y yo no puedo cuidarla a ella.

En mis frecuentes visitas antes de perderlos para siempre, me hacía a la idea de que, de alguna manera, los dos habían retornado a aquellas interminables horas de espera sencilla, sin hijos, al amor de la lumbre de una casilla de camineros. A la última casilla de esa sierra áspera, como la vida, que ambos conocían tan bien. Y me figuraba que yo, por un rato, lograba ser partícipe de esa soledad compartida.

Sólo cuando la enfermera acudía con el zumo y la medicación y se llevaba a la Visi a dar el paseo prescrito para sus piernas, el tío Balbino volvía a ser el diablillo que se escabullía en el pajar a la vuelta del estanco. Sus ojos bailones buscaban mi mirada cómplice y, al momento, palpaba con la ilusión de un niño el paquete de tabaco que le había deslizado en el bolsillo de la bata.

Pero sin avisar, de a poco, el tiempo fue llevándose el ánimo y las chanzas del tío Balbino. Sentado en su sillón, cubierto éste ahora con una suerte de plástico desechable, apenas me respondía cuando le recordaba sus tiempos pasados en los caminos de la vida, aguardando calladamente a que llegara la enfermera con el zumo para pedirle, avergonzado, que le cambiara el pañal.

- Tómese la pastilla, señor Luis.
- ¿No han venido hoy mis hijos?
- No. Ya lo sabe. La pastilla, vamos...

Hoy, como tantas otras tardes que gotean ese sopor espeso que nadie más que los viejos arrinconados conocemos, me arrebujo en el sillón de orejas que me dejan ocupar en la residencia, sin hacer caso al volumen del televisor ni al peso del pañal que la enfermera se ha vuelto a olvidar de cambiarme. Solo, recuerdo la bendita soledad del tío Balbino, cierro los ojos y me engaño haciéndome a la idea de que mis hijos contienen la risa apoyando los pies sin descalzar en la pared mientras yo, cojeando, me voy acercando a ellos con un zapato en la mano.